

Dos grandes batallas

Entre las más importantes acciones libradas por el Ejército Libertador se hallan la de Las Guásimas en el 68, y la de Peleadero de Tapia en el 95

Por **ÁNGEL JIMÉNEZ GONZÁLEZ***

Autor no identificado



La carga al machete de los jinetes cubanos en Las Guásimas (1874) ocasionó grandes pérdidas a la caballería española.

La categoría de batalla suele usarse de manera indiscriminada para calificar cualquier acción combativa, sin tener en cuenta su envergadura espacio-temporal, el volumen de tropas participantes ni su trascendencia en el curso y desenlace de la operación. En rigor, según el arte militar cubano, una batalla es un conjunto de golpes y combates dirigidos a alcanzar los objetivos de la operación o misiones parciales en ella.

Ateniéndonos a esa definición, en este artículo trataremos sobre dos acciones libradas por el Ejército Libertador. En la Guerra de los Diez Años, la batalla de Las Guásimas de Machado, en la que durante cinco días se enfrentaron 1 200 patriotas, bajo el mando del mayor general Máximo Gómez, y 5 400 realistas con cuatro piezas de artillería, comandados por los brigadieres Armiñán y Bascónes, y cuyo resultado, a pesar de ser favorable a los independentistas,

pospuso por un año la invasión a Occidente.

De la Guerra del 95 examinaremos la batalla de Tapia, pocas veces presentada como tal, en la que grupos de mambises que apenas superaban los 250 hombres, comandados por el mayor general Antonio Maceo, libraron 16 combates casi diarios en las abruptas montañas de la Sierra del Rosario (Pinar del Río), contra columnas de miles de soldados apoyados por artillería. Así mantuvieron sus bastiones y obligaron al enemigo a retirarse.

Las Guásimas de Machado

Entre el 5 y el 19 de marzo de 1874, fuerzas del Ejército Libertador, bajo el mando del mayor general Máximo Gómez, integradas por 900 infantes y 300 jinetes mambises que debían llevar la guerra a Occidente, libraron una de las más rudas batallas de nuestras guerras por la independencia. El enemigo principal en

aquel lance histórico fue la columna del brigadier Manuel Armiñán: unos 3 000 infantes, de los batallones León, Rayo, Cortés, Aragón y Libertad; 700 jinetes de los regimientos Pizarro y Colón; dos contraguerrillas y cuatro piezas de artillería, que habían salido de Puerto Príncipe con el propósito de encontrar y derrotar el contingente invasor.

El encuentro se desarrolló en la finca Las Guásimas de Machado, ubicada a unos 36 km al suroeste de Puerto Príncipe (Camagüey). El campo de la acción lo formaban dos potreros rodeados de frondosa vegetación: en el centro del más grande, ubicado al norte, había una rústica represa, con un puente de madera, construida en un afluente del arroyo Las Piedras. El más pequeño, al sur, estaba unido al otro por un carril o paso para carretas no muy ancho.

La batalla que se libró en este escenario no estaba en los planes de Gómez. El gran dominicano quería



Ilustración: Xiomara

El mambí mexicano Gabriel González, con 50 jinetes voluntarios, recibió la arriesgada misión de servir de señuelo tiroteando a los españoles.

evitar un encuentro que comprometiera a las tropas encargadas de la invasión, cuya guía le había sido confiada por el Gobierno. Pero el mando español conocía sus planes y había concentrado tropas en Camagüey para impedirlos. Fuertes columnas operaban en las principales vías de acceso desde Puerto Príncipe hasta la trocha de Júcaro a Morón. Una de ellas era la que conducía el brigadier Armiñán y desde el amanecer marchaba al encuentro de los insurrectos por el camino de San Pedro a Jimaguayú y Cachaza.

Cuando Gómez tuvo la certeza de que el choque era inevitable, decidió tomar la iniciativa, elegir el terreno y ocupar una posición ventajosa para desarrollar su idea del combate. Esta consistía en separar la caballería y la infantería de la columna enemiga, atraer la primera hacia una emboscada, batirla con el fuego de los fusileros y aniquilarla con una carga de la caballería mambisa, después de lo cual la tropa insurgente podría alejarse, segura de que los infantes españoles serían incapaces de darle alcance.

Para lograr tal objetivo, emboscó a sus hombres en el fondo del potrero grande, de frente a la represa. El coronel Gabriel González —de origen mexicano—, con 50 voluntarios, recibió la arriesgada misión de servir de señuelo tiroteando desde sus cabalgaduras a los jinetes peninsulares, y haciéndose perseguir, llevarlos hasta donde los aguardaban,

ocultas, las fuerzas principales de los insurrectos.

González fustigó a la vanguardia de la columna que avanzaba cautelosa, hasta conseguir que los integrantes de una contraguerrilla y después los jinetes de la caballería de línea pertenecientes a la tropa española, galoparan a rienda suelta en su persecución. Entonces los mambises emprendieron una supuesta huida, seguidos muy de cerca por los hispanos, quienes pensaban haberse las con una victoria fácil. Los cubanos atravesaron la presa por el puente de madera y cuando sus enemigos hicieron lo mismo, la infantería hasta ese momento oculta abrió fuego contra ellos: habían caído de lleno en la emboscada.

De inmediato Gómez ordenó una carga de caballería, la cual dio lugar a la macheteada que Félix Figueredo bautizó, en su *Historia de la Revolución de Cuba*, como la “carga del carril”. En ella los jinetes del Ejército peninsular sufrieron grandes pérdidas y los sobrevivientes no pararon hasta encontrar refugio detrás de su infantería desplegada alrededor de la presa. Los cubanos aguardaron nuevas acometidas, pero a los españoles se les habían quitado los ímpetus y aprovecharon la pausa para organizar una firme defensa en torno al pequeño embalse.

Gómez decidió continuar tiroteándolos y estrechar el cerco. Las bajas españolas siguieron aumentando y se creó una situación crítica en su campo, pues había que atender gran cantidad de heridos e incinerar los cadáveres de hombres y bestias. A pesar de hallarse en las cercanías de la presa, el agua estaba en malas condiciones y el constante fuego de los cubanos hacía prácticamente imposible moverse dentro del estrecho círculo en que la columna estaba encerrada.

En esas condiciones, Armiñán optó por enviar un práctico criollo a pedir refuerzos a Puerto Príncipe. El emisario logró burlar el cerco en la madrugada del 16 de marzo y llegar a la ciudad. A la noche siguiente, una parte de la caballería española también logró escapar y reiterar el primer aviso.

Tratando de decidir el encuentro, al amanecer del 17, Máximo Gómez ordenó al brigadier Antonio Maceo lanzar un ataque general contra la posición enemiga, que suponía debilitada por la salida nocturna de una parte de los cercados, pero el asalto del Titán fue rechazado. Ese día, mientras continuaba la lucha en Las Guásimas, avanzaba hacia allá una columna de 1 700 hombres, de las tres armas, bajo el mando del brigadier Báscones.

Autor no identificado



Pertenecientes a la Sierra del Rosario, las lomas de Tapia se yerguen altivas, a unos 10 km al sur-sureste del pueblo de Cabañas.

El Generalísimo intentó impedir la llegada de aquel destacamento de rescate, pero no podía sacar combatientes del cerco para hacerlo, pues se produjo una tentativa de escape que fue preciso contener. Al mismo tiempo, aunque la vanguardia de Báscones cayó en una emboscada y sufrió pérdidas, este continuó con sus fuerzas principales hasta entrar en Las Guásimas. Gómez supuso que la unión de ambas brigadas las llevaría a pasar a la ofensiva, pero el ataque no se produjo y en la mañana del 19 de marzo, las dos columnas iniciaron su retirada en dirección a Puerto Príncipe, hostigadas por los cubanos en la medida en que sus escuálidos pertrechos lo permitieron.

La cifra exacta de las bajas españolas no se conoce; sin embargo, algunas fuentes señalan 1 037, entre muertos y heridos, y la pérdida de 48 caballos, 50 fusiles, 40 sables y machetes, miles de cartuchos y otros medios. Las de los cubanos, según el parte oficial del mayor general Máximo Gómez, fueron 29 fallecidos, de ellos ocho oficiales, y 148 heridos, incluidos 33 oficiales, la mayoría leves y contusos. También perdieron 40 caballos y 25 sufrieron heridas, y el gasto de municiones fue considerable. Aunque aquella batalla significó una brillante victoria táctica, Gómez anotó en su diario: “El movimiento de invasión probablemente puede sufrir algún retardo con este, tan reñido combate; pero yo no desmayo en mi propósito”.

Las lomas de Tapia

Pertenecientes a la Sierra del Rosario, se yerguen todavía verdes y altivas, a unos 10 km al sur-sureste del pueblo de Cabañas. Estas elevaciones fueron escenario de una cruenta contienda, debido al empeño de los españoles por expulsar a Maceo de allí y la firmeza de los mambises por conservar en sus manos aquel santuario.

Después de su encuentro con Máximo Gómez en Galeón, Matanzas, donde se conformó el plan estratégico para proseguir la contienda, el Titán retornó a Pinar del Río, con el objetivo de cumplir su parte desde el cuartel general del 60º Cuerpo, enclavado en las alturas de Rubí. Allí dio muestras de su genio. “En táctica el terreno manda”, dice un viejo adagio militar, y para hacer

guerra de montañas, Maceo debió cambiar sus impetuosas cargas de caballería al machete por una lucha defensiva, de posiciones, organizando la resistencia escalonada en altura y profundidad, y acondicionando el terreno con fortificaciones. Asumió esa táctica con maestría y notable flexibilidad de pensamiento.

La batalla de Tapia abarcó 14 reñidos combates librados desde el 14 de abril hasta el 24 de junio de 1896, entre tropas del 60º Cuerpo del Ejército Libertador, las cuales nunca superaron los 250 efectivos, bajo el mando del lugarteniente general Antonio Maceo, y varias columnas españolas, de miles de hombres. Estas últimas habían sido dotadas con el mortífero Máuser de repetición y pólvora sin humo, y eran comandadas por los mejores jefes que había en la Isla; en ocasiones actuaban independientemente, y en otras, realizaban elaboradas combinaciones desde varias direcciones.

El 20 de marzo el general Antonio ya se encontraba en Rubí. El lugar escogido por él para desplegar su puesto de mando no podía ser mejor. Allí la Sierra del Rosario se eleva escalonadamente desde sus estribaciones al pie de Bahía Honda, formando una maraña de repechos, terrazas, abismos, desfiladeros, cañones, estrechos senderos de montaña

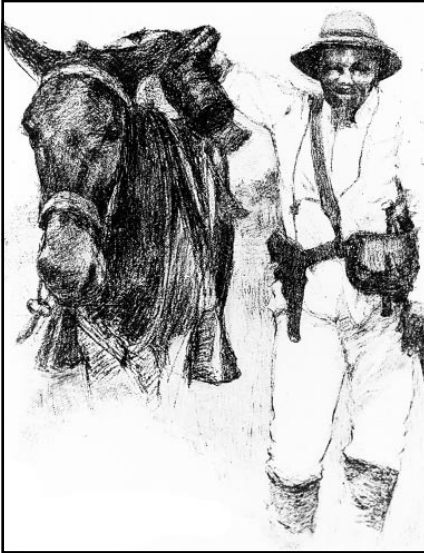
y otros accidentes cubiertos por un tupido follaje, ideales para una defensa móvil, rica en posibilidades de maniobra e ideal para sucesivas emboscadas.

El 14 de abril de 1896, pasado el mediodía, se inició la singular batalla, que dio lugar a lo que más tarde el Héroe de Peralejo llamaría Peleadero de Tapia. Unos 3 000 hombres de las tres armas, a los que se añadieron los regimientos de infantería Alfonso XIII, Cuba e Isabel la Católica, así como secciones de contraguerrillas montadas –bajo el mando del general Julián Suárez Inclán, los coroneles Devós, Villa, Pintos, Valcárcel y el teniente coronel Francés–, sostuvieron encuentros contra los 250 héroes de Maceo, los días 14, 15, 18, 19, 20, 22, 25 y 26 de ese mes, sin otro resultado que regresar a sus bases de partida quebrantados y hostigados por los cubanos.

Entre el 30 de abril y la mañana del 10 de mayo se produjo el combate de Cacarájicara, en el que 175 insurrectos, encabezados por Maceo, derrotaron y pusieron en fuga hacia Bahía Honda, con 87 bajas, la poderosa columna de 1 500 soldados del brigadier Julián Suárez Inclán. Otro tanto sucedió a la columna de 1 200 hombres y dos piezas de artillería, del brigadier Emilio Serrano Altamira, el 5 de mayo en Vega Morales.



El papel principal en la batalla de Tapia pasó de la caballería a la infantería y del machete al fusil, y Maceo asumió esa táctica con maestría y notable flexibilidad de pensamiento.



Quintín Bandera, un bravo en la campaña de Pinar del Río.

El 11 de junio el lugarteniente general Antonio Maceo regresó a su cuartel general en Tapia. Al llegar se encontró con que las fuerzas del brigadier Quintín Bandera combatían contra tropas que avanzaban simultáneamente por San Claudio, en el camino de Cabañas, y por el rumbo opuesto, entre San Gabriel de Lombillo y Buenavista. El Titán, quien se hallaba más cerca de Lombillo, se dirigió hacia aquel sitio e hizo que el enemigo se retirara.

El 19 de junio se produjo el décimo combate: un asalto al cuartel general de Maceo, por parte de seis batallones

nes y cuatro piezas de artillería, bajo el mando del general González Muñoz; cuatro batallones y dos piezas a las órdenes del general Melguizo; y dos piezas del coronel Valcárcel, además de la ya veterana brigada del general Julián Suárez Inclán, que marchó en la vanguardia. Tan poderosa agrupación logró apoderarse del campamento de Quintín Bandera al final del día.

Al amanecer del 20 de junio acaeció el undécimo encuentro, cuando el lugarteniente general salió al encuentro de los españoles, en un contraataque que se generalizó en San Sebastián, adonde llegó el grueso de la tropa enemiga y fue recibida por el fuego de los cubanos. A las 4:00 p.m. Maceo ordenó el regreso a Tapia, pero encargó a los hombres del teniente coronel Pedro Delgado continuar el hostigamiento desde el Rubí. En esta acción los cubanos tuvieron ocho bajas.

En las primeras horas del 21 de junio, Maceo, con dos compañías de infantería de los hermanos Ducasse, su escolta y Estado Mayor, asaltó sorpresivamente el campamento del general González Muñoz, quien efectuó una penosa retirada de tres días hasta San Juan, durante la cual fue dejando un rastro de municiones, equipos, vituallas y acémilas.

A mediodía del 23 de junio, 10 batallones de González Muñoz aparecieron por el camino de Manuelita,

en busca de revancha, dando inicio al decimotercer combate. Se peleó en todo el escenario de Tapia: en Lechuza, en Cerro Verde, en las lomas de Sacarraín y Medina, en Bejerano... y hasta en el asiento de Reyes, sede del cuartel general insurrecto. El Titán fue herido en la pierna izquierda y tuvo que ser evacuado a un refugio donde se le practicó la primera cura. No obstante, continuó dirigiendo la lucha hasta que cesó al caer la noche. A la mañana siguiente tuvo lugar la última acometida (decimocuarta) de la batalla: una acción en la que Suárez Inclán tuvo que desplegar sus batallones y refugiarse en Manuelita, junto con el grueso de sus fuerzas.

El conjunto de combates librados en la región del Peleadero de Tapia, constituye un caso singular en la historia de nuestras guerras de independencia. Fueron 14 encuentros, librados en un mismo terreno y ligados por un único objetivo, lo que tipifica una batalla. Los cubanos adoptaron la defensa activa, o sea, no se limitaron a rechazar los embates enemigos, sino que también hostigaron, atacaron y contraatacaron cuando las condiciones lo permitieron. Miró Argenter escribió que aquellos combates terminaron "por cansancio de unos y otros", y no porque alguno de los bandos beligerantes hubiera obtenido la victoria definitiva.

Valdría la pena otro examen. Cuando se evalúan los resultados de una acción bélica se tiene en cuenta, en primer lugar, cuál de las partes alcanzó los objetivos que la llevaron a la contienda. En este caso lo que buscaban a toda costa los españoles era desalojar a los insurrectos de las montañas, mientras los mambises procuraban rechazar las acometidas de los colonialistas y conservar su bastión. ¿Quién logró su objetivo? Ese fue el vencedor. ●

*Investigador del Instituto de Historia de Cuba.



Lugar donde se desarrolló la batalla de Cacarajicara, en Las Pozas, Bahía Honda, allí hoy se levanta un monumento.

Fuentes consultadas:

El *Diccionario Terminológico Militar*, del Minfar. El *Diario de Campaña* de Máximo Gómez.